

LA RESPONSABILIDAD EUROPEA

Enzo Traverso, *La violencia nazi. Una genealogía europea*, trad. De Beatriz Horrac y Martín Dupaus, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

El exterminio nazi se puede comprender mediante el análisis y la reflexión. Contra aquellos que se empeñan en negar esta premisa tan obvia escribe Enzo Traverso. Contra aquellos que sitúan ese capítulo histórico en la estratosfera de las entidades metafísicas o en los sótanos de la teología y la mística se dirigen obras tuyas tan recomendables como *La historia desgarrada. Auschwitz y los intelectuales* (Herder, 2001) o como la que nos ocupa. Su posición rehuye tanto la metafísica como la historicización funcionalista y aboga por una perspectiva que sea diacrónica y comparada a un tiempo, para que el estudio del árbol no eclipse el incendio del bosque.

Las causas del genocidio nazi desbordan la historia del antisemitismo o la de Alemania, por citar dos de los ámbitos más explorados. Como dice el propio Traverso en el prólogo de *La violencia nazi. Una genealogía europea*, el estudio “intenta explorar las condiciones materiales y los encuadres mentales del judeocidio” y para ello “deberá remontarse más allá de 1914 y de las fronteras”. Porque la tesis de fondo es que Europa engendró material y conceptualmente lo que ocurrió en la Alemania nacional-socialista, de modo que el nazismo no inventó ni creó ex nihilo su imperialismo biológico, sino que realizó una síntesis de las formas de violencia y de dominación que ya habían sido experimentadas en la historia del imperialismo europeo y norteamericano.

De las realidades materiales que permitieron el exterminio mecanizado, el autor analiza, entre otros temas, la despersonalización de la muerte que introdujo la guillotina, la historia de la colonización del Congo, cómo funcionaban los mataderos de Chicago de principios del siglo pasado, qué significó el uso de gases y de trincheras en la primera gran guerra o la aplicación de la eugenesia en Alemania y Estados Unidos durante el periodo de entreguerras.

Sin duda alguna, no obstante, el grueso del volumen es dedicado no a las circunstancias técnicas y sociales que posibilitaron la tragedia, sino al examen de las ideas, los prejuicios y los constructos ideológicos que actuaron como contexto conceptual de las masacres. Tal vez, de los múltiples factores que Traverso conjuga en su estudio, destaquen dos. Por un lado, cómo las ideas del darwinismo se transfirieron a la esfera de lo social, de modo que el antisemitismo y el racismo tradicionales se vieron reforzados por unos supuestos argumentos biológicos. Por el otro lado, la progresiva racialización de la alteridad judía, observable en todo tipo de manifestaciones socio-culturales, desde la prensa hasta la literatura culta, pasando por expresiones gráficas de índole diversa.

Los ejemplos que el autor va mostrando para apoyar sus afirmaciones ciertamente visualizan la tesis de que el contexto que hizo posible el exterminio nazi fue engendrado por el conjunto de Occidente. Se habla del entusiasmo que Roosevelt sentía por el darwinismo social (consideraba la conquista del Oeste como la culminación de la expansión de las razas nórdicas); se mencionan afirmaciones condenables tanto de

Marinetti como de Churchill, por mencionar a dos personajes situados en bandos bélicamente opuestos durante la segunda guerra mundial, pero intelectualmente unidos por algunas ideas de fondo. También en el bando que habría de ganar en nombre de la democracia (Hiroshima, no obstante) se encontraba alguien tan sospechoso como Henry Ford, quien firmó escritos sobre “el problema judío”: no en vano fue el ideólogo de la producción en cadena, sistema que subyacería en la organización de los campos de la muerte.

Con los ejemplos que se han citado se identifica el marco temporal en que Traverso inscribe su trabajo. En la página 55, por ejemplo, afirma que el exterminio nazi es “el punto más alto y la síntesis de un largo proceso histórico iniciado a fines del siglo XIX”. Esa limitación cronológica es, a mi entender, el motivo de la crítica que puede hacerse a un volumen por lo demás excelente. No digo que el autor debería haberse remontado a la antigüedad con sus formas de esclavitud y dominio, pero sí considero que, aunque fuera de manera soslayada, debería haber inscrito el primer genocidio moderno, el español en América, en el hilo de su genealogía. Pues fueron los conquistadores españoles lo que inventaron los antecedentes de los campos de concentración. Al sistema de la mita aplicado en la extracción de la plata de Potosí se le puede aplicar la misma afirmación que Traverso realiza en la página 77: “El Congo, donde la explotación salvaje en las minas de cobre del rey Leopoldo II era en definitiva una verdadera forma de exterminio por el trabajo”. Recuerda más adelante que las víctimas en Asia y África del imperialismo europeo, en la segunda mitad del XIX, rondan los cincuenta y cinco millones. Los indios de las Américas pasaron de ser setenta millones a tres y medio, según los cálculos más confiables.

Sólo cuando se identifiquen todos los vínculos que unen el imperialismo occidental con el fascismo y el nazismo será posible que se alcance una madurez colectiva por ahora inexistente. Sólo cuando se asuman esas realidades históricas, Auschwitz y lo que vino después (nuestro mundo) serán inteligibles.

(Texto inédito. Septiembre de 2004)